

ADJÁ-ADJÁ Y OTROS RELATOS: LA FIGURA DEL PÍCARO EN LA GUINEA ECUATORIAL CONTEMPORÁNEA ¹

Jorge Berástegui Wood

Universidad de Alcalá de Henares, Spain

Maximiliano Nkogo es quizá uno de los escritores más importantes del actual panorama literario guineoecuadoriano. Su narrativa hay que entenderla como un producto de los últimos veinticinco años de la historia de Guinea Ecuatorial, como parte de ese periodo de cierta normalización en la producción literaria guineana. Hablamos del momento histórico que coincide con la publicación de la *Antología* de Donato Ndongu, así como de la creación de instituciones como el Centro Cultural Hispano-Guineano primero y el Centro Cultural Español, fundamentales en la dinamización del panorama cultural en Guinea Ecuatorial. Sin embargo, este es también el periodo de la persistencia de los grandes problemas sociales y económicos, la falta de libertad de expresión y la siempre postergada apertura democrática del régimen de Obiang Nguema, que han supuesto un freno para las aspiraciones de buena parte de los intelectuales y escritores guineanos.

Adjá-Adjá y otros relatos fue publicada por primera vez en el Centro Cultural Hispano-Guineano en el año 1994. En esa edición, el libro incluía dos historias, *Adjá-Adjá y compañero en una jornada ordinaria* y *Relato sobre un funcionario en un día de absentismo*. Sin embargo, cuando en el año 2000 Maximiliano Nkogo volvió a publicar una nueva edición de *Adjá-Adjá* en la Editorial Malamba, esta había sufrido una modificación sustancial. No solo había eliminado una de las historias incluidas en la primera edición (*Relato sobre un funcionario en un día de absentismo*), sino que había añadido dos nuevos relatos (*Adjá-Adjá y compañero en un Tres de Agosto* y *Emigración*). Sin duda alguna, esta alteración no fue el resultado de una decisión caprichosa del autor.

Todo lo contrario. La nueva edición publicada por la editorial Malamba ha ampliado la importancia de esta obra en el panorama de las letras guineanas y ha ayudado a entender mejor la manera en que la narrativa de Nkogo se aproxima a la realidad social de Guinea Ecuatorial. Como dice Marvin Lewis, “una de las cualidades importantes de este libro es la manera en que recoge con intensidad las miradas, sonidos y olores de Malabo –desde Asamse hasta Pizza Place, que representan los dos extremos culturales de la ciudad.”² El objetivo de este ensayo no es otro sino el de analizar esta aproximación, haciendo especial hincapié en el contexto sociopolítico en el que emerge esta obra. En primer lugar, vamos a analizar de manera conjunta *Adjá-Adjá y compañero en una jornada ordinaria* y *Adjá-Adjá y compañero en un Tres de Agosto* pues ambos son complementarios y coinciden básicamente en sus planteamientos temáticos. En segundo lugar, analizaremos el último relato, *Emigración*, en el que se articula una manera diferente de enfrentarse a los problemas que plantea la realidad descrita por Nkogo en sus relatos.

Los relatos de *Adjá-Adjá y compañero* cuentan los sucesos que acontecen en la vida de una pareja de policías guineanos en dos jornadas diferentes de su mísera y pobre existencia en Guinea Ecuatorial durante principio de los noventa. Es importante aquí resaltar la importancia de la fecha del tres de agosto, pues supone el aniversario del llamado “Golpe de Libertad” llevado a cabo por Obiang Nguema en 1979 y cuya significado simbólico es sin duda importante en el discurso de Nkogo. La vida de estos dos policías guineanos transcurre entre largos paseos por la ciudad en donde alternan el cumplimiento de sus funciones con *hacer adjá*, que básicamente consiste en aprovecharse de su condición de policías para poder ejercer el trapecho y conseguir algún que otro sobresueldo con el que poder alimentar a sus familias

La lectura de estos dos textos nos sitúa dentro de una cierta tradición picaresca. El propio escritor Anacleto Oló Mibuy, en el prólogo de la primera edición de 1994, habla de la colección como un ejemplo de “picaresca nacional,”³ un discurso narrativo que refleja el modo en que los individuos se enfrentan a las miserias de la vida cotidiana en Guinea Ecuatorial. Sin embargo, para Donato Ndongo,⁴ –que escribe el prólogo a la segunda edición del año 2000– no es conveniente sobrevalorar el carácter picaresco de la obra, sino poner énfasis en el trasfondo social y político que Nkogo describe como algo sintomático de la enfermedad social que padece su país. Desde mi punto de vista, una

cosa no es incompatible con la otra, pues el ejercicio de la “picardía” está siempre circunscrito a una cierta realidad problemática. Por el contrario, creo que este trasfondo social que Ndongo destaca de la narrativa de Nkogo contribuye a entroncar *Adjá-Adjá* con la tradición picaresca, como reflejo e imagen de una sociedad en transición hacia ninguna parte.

La novela picaresca es, en un sentido estricto, un producto de la España barroca. Es decir, de un país desestructurado social y políticamente, con un imperio que comenzaba ya su larga agonía y asistía al fin del ideal del hombre renacentista. Como género literario, por tanto, podemos circunscribirla a un momento histórico bastante específico. Sin embargo, como ya bien sabemos, los géneros forman parte de un diálogo intrahistórico en el que de repente vuelven a emerger contenidos y tradiciones que creíamos sepultados por el paso del tiempo. En este sentido, el pícaro, como tradición, más que como género, ha gozado de buena salud y su imagen aparece proyectada en textos tan distantes y distintos como *Moll Flanders* de Daniel Defoe o *Las Aventuras de Augie March* de Saul Bellow. Hay, sin embargo, dos elementos que considero esenciales en este tipo de texto. En primer lugar, la existencia de una estructura social desintegrada y desintegradora. En segundo lugar, el ejercicio de un comportamiento amoral fruto de la precariedad material y la ausencia de referentes simbólicos claros. Sin lugar a dudas, hay causas y contextos muy diversos que explican el surgimiento de este tipo de personajes. En el caso de Saul Bellow, por ejemplo, no podría entenderse sino como el resultado de la alienación producida por la desestructuración del mundo típicamente urbano y capitalista. El caso de *Adjá-Adjá* es más complejo, pues la desintegración comprende prácticamente todos los niveles de la vida de sus protagonistas y la picaresca no es solamente una forma de reacción, sino que es básicamente un síntoma de la enfermedad social y política que padece Guinea Ecuatorial. Hay un exceso de falta de referentes sólidos en *Adjá-Adjá*. Y esta especie de páramo simbólico y moral recorre el texto de principio a fin.

Dentro de esta ausencia de referentes social y políticamente integradores en el universo guineoecuadoriano de *Adjá-Adjá*, hay que hablar del más básico y esencial, el momento fundacional como nación. La independencia no fue el prólogo a las esperanzas y anhelos de los guineanos, sino que rápidamente se convirtió en una sangrienta dictadura. El régimen de Macías está presente en la obra, de manera sutil, un aspecto

casi siempre aludido indirectamente pero que aparece como trasfondo del fracaso colectivo del país: “Prosiguen su camino intercambiando pareceres sobre los que ellos llaman *auténtica época de triste miseria*, si bien la prefieren a la anterior, a la conocida como de *triste memoria*, es decir, a aquella del PUNT y sus delirios” (71). En otros momentos de la obra, sin embargo, el narrador se atreve a ir un poco más allá y mencionar este período de manera más directa: “Se cuenta que en algún tiempo algunos hombres se convirtieron en depredadores, otros para ellos eran presas y sin embargo todos eran naturalmente hermanos. Esta fue la realidad de un país sometido durante más de diez años a un despotismo sangriento” (43). En primer lugar, es necesario resaltar la descripción que hace Nkogo de esa época en términos animales, nada extraño si nos atenemos a la descripción que Mbaré Ngom hace del Nguemismo, versión guineana de lo que Max Liniger-Gomaz ha llamado “afrofascismo”:

La columna vertebral del régimen de Francisco Macías fue el grupo/clan Fang-Esanguí de la región de Mongomo, su pueblo natal; una milicia paramilitar de carácter étnico conocida como *Juventud en Marcha con Macías*; y una guardia nacional cuyos miembros eran fundamentalmente Fang. El Nguemismo se dedicó a sofocar y reprimir por medios violentos cualquier tipo de contestación y desarrolló una estrategia sistemática de persecución, marginalización y exclusión de cualquier miembro de la sociedad que no fuera Fang-Esanguí. El nepotismo, el control de la prensa, los asesinatos encubiertos como accidentes y el fomento de la práctica de la delación se convirtieron en la forma de gobierno. De esa manera, el nguemismo estableció un culto a la personalidad hábilmente orquestado por el propio presidente Macías.⁵

En definitiva, una dictadura étnica pura y dura que marginaba y aterrorizaba a buena parte de su población. Nada que ver pues con las utopías nacionales y democráticas de los Nkrumah, Senghor, Fanon o Cabral. Es necesario resaltar, en esta segunda referencia que he escogido para ilustrar la presencia de la época maciísta en el “inconsciente sociopolítico” de *Adjá-Adjá*, el uso que el narrador hace de las formas verbales. Dice, y repito, “se cuenta que en algún tiempo los hombres se convirtieron en depredadores”. El uso del “se” impersonal no es en absoluto una cuestión neutral en este texto. ¿Quién cuenta? La posición del narrador es lo suficientemente esquiva como para mantener una cierta prudencia sobre los hechos acontecidos, como si fuera una especie de reflejo del

“sujeto colectivo” de la nación: refleja las ansiedades y los miedos de la sociedad ante su propia historia y su presente. Es el narrador desde su absoluta omnisciencia en el texto el que se aproxima y distancia, el que justifica y critica determinados comportamientos, el que a menudo verbaliza, pero también el que calla. En el narrador, como reflejo de ese sujeto colectivo, se proyecta el trauma por la violencia de la dictadura y el fracaso de las aspiraciones fundacionales de Guinea Ecuatorial.

Según Ann Kaplan, la cuestión del trauma ha sido normalmente asociada a la modernidad.⁶ Tanto las rupturas de las formas tradicionales de pensamiento, así como la conciencia de que el siglo veinte ha sido un siglo descarnado y sangriento justifican para ella esta asociación entre trauma y modernidad. Desde mi punto de vista, el trauma ha existido siempre. Pero sí es cierto que la modernidad, con su ingente producción de medios tecnológicos y nuevas formas de comunicación ha sido el contexto ideal para situar el trauma en el mapa mediático. Eso y el desarrollo de teorías como el psicoanálisis, que han buceado sin tapujos en los lados más oscurecidos, que no siempre oscuros, del alma humana. Es importante no interpretar esta cuestión del trauma como una actitud burguesa y eurocéntrica, como una proyección en los estudios culturales de la tendencia occidental a la neurosis, al diván y al analista. La curación del trauma es una forma de historizar los efectos de la violencia sobre la psique humana. Y en este camino, sin duda son fundamentales los estudios de autores no precisamente occidentales como Frantz Fanon y Ashis Nandy.

Nuestro narrador se distancia y no historiza con profundidad porque no puede, porque es reflejo de ese “sujeto colectivo” traumatizado. Pero al no hacerlo, aporta sin duda mucha información. Voy a rescatar unas palabras del libro de Ann Kaplan, *Trauma Culture* en el que se refiere a algunas memorias escritas sobre sucesos como la II Guerra Mundial o el Holocausto:

En el relato de memorias, *la verdad* sobre los hechos no es en sí la cuestión. La cuestión principal son las emociones que se recuerdan y la manera en que el escritor las expresa. También es importante el modo en que los códigos y discursos sociales dan forma al impacto del trauma en el individuo y la manera en que el trauma es recordado.⁷

A pesar de que esto no es un relato de memorias, sí podemos trasladar la idea de que la forma de narrar es a veces más significativa sobre un texto y su significado que un relato minucioso de los hechos históricos. Y también que el discurso textual está condicionado a su vez por los códigos y discursos del contexto en el que se produce. Este hecho es significativo para nuestro relato pues el trauma, escenificado como colapso de las aspiraciones del pueblo guineano no solamente se proyecta en el pasado, sino también en el presente y, si no media un auténtico cambio, también en el futuro.

El presente histórico en *Adjá-Adjá* es un lugar imposible para exorcizar el trauma porque es un fraude simbólico en sí mismo. Porque no representa lo que dice representar. Porque en realidad no supone una verdadera ruptura histórica, un verdadero acto político, es decir, una redefinición radical de las estructuras epistemológicas de la sociedad. A continuación voy a citar un fragmento bastante largo que he seleccionado de la obra:

La gesta iniciada por nativos insurgentes acabó con la dictadura. El triunfo de las fuerzas sublevacionistas llenó de alegría y esperanza a todo el pueblo.

En toda contienda hay vencedores y vencidos, héroes y mártires. Los que en aquel golpe de Estado cayeron en pro de Una Guinea Mejor, el más Sabio, el más Justo, Todopoderoso –si de verdad existe- sabe lo que ha sido de ellos, sabe lo que justamente, ahí en otro mundo, le corresponde a cada uno de aquellos que en este “valle de lágrimas” había dejado a sus amigos, a sus queridas esposas y apreciados hijos, habían muerto con honor, habían muerto para que los demás quedasen viviendo libremente y en paz –que hoy se goce o no de esa libertad, ya no es problema de ellos, ya es asunto de los propios vivientes.

...

Tras la lucha armada del Tres de Agosto de Mil Novecientos Setenta y Nueve, ellos, los vencedores, eufóricos y con la denominación de “Consejo Militar Supremo,” subieron al poder a fin de llevar a cabo su ideario, que esta vez no era militar sino político.

...

Así que cuando se aproxima ese día, la gente, al menos la que sigue de que el espíritu que actuó ganó en aquel día no se ha desvirtuado todavía, se prepara para festejarlo, cada uno según sus posibilidades, y se oyen en la radio no se sabe cuántos avisos del Excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad, avisos que amenazan con cuantiosas multas a los ciudadanos que con motivo de la celebración del glorioso “Tres de Agosto” no procedan a la limpieza y adecentamiento de la capital, o sea, al “chapeo” de sus respectivos solares y al pintado, “sin

policromía”, de sus correspondientes viviendas enclavadas dentro del casco urbano y barrios adyacentes (44-45).

El Tres de Agosto de 1979 y su denominado “Golpe de Libertad” supuso un momento de esperanza para el pueblo guineano. Solamente hay que escuchar algunos versos de un poema de Juan Balboa Boneke dedicados a ese episodio histórico y escrito en aquellas fechas: “Y florecieron las sonrisas,/ y la brisa de esperanza/ que refrescó los hogares/ camino de un futuro/ triunfal aún por imaginar” (Ndongo y Ngom, eds., 256). Sin embargo, nuestro narrador, siempre prudente, evalúa con distancia los hechos acontecidos. Resalta el momento histórico, el heroísmo de quienes dieron su vida por la patria, pero enseguida pone en cuestión que se hayan conseguido los objetivos que se pretendían. Sin embargo, no lo hace de manera directa, adopta un tono deliberadamente ambiguo: “que hoy se goce o no de esa libertad, ya no es problema de ellos, ya es asunto de los propios vivientes.” También nos dice que hay quienes siguen celebrando el tres de agosto, pero acto seguido nos hace dudar de la espontaneidad de esas manifestaciones de alegría cuando relata el bombardeo de propaganda institucional y las multas para quienes no cumplen las órdenes. Nuestro narrador no acusa, pero sí insinúa, aunque es deliberadamente ambiguo. El lector tiene que ir hilvanando pequeños retazos para darse cuenta de que asistimos a un subtexto profundamente crítico. Uno de esos retazos que considero verdaderamente interesantes coincide con la descripción que se hace de la misa que tiene lugar el “Tres de Agosto,” con la presencia del presidente de la República. Curiosamente, el narrador no se refiere a Obiang por su nombre pero sí por la irónica y larga retahíla de nombres y adjetivos que denotan su autoridad: “presidente de la república, jefe del estado y de gobierno, general de brigada de los ejércitos de tierra, mar y aire; el primer magistrado de la nación, presidente fundador del gran movimiento de masas” (67). Llama mucho la atención desde mi punto de vista, la homilía del reverendo en la iglesia:

El bienestar, esta palabra que sale mucho por ahí, tiene que ser espiritual, y para que sea espiritual –haciendo exégesis de la encíclica del *Rerum Novarum*-, las condiciones exteriores,

las condiciones del entorno en que vive el cristiano, tienen que ser adecuadas para que se desarrollen en ella el amor, la libertad y la convivencia...

Y acerca de la famosa paz, dice el Padre que donde no hay respeto ni defensa ni promoción de los derechos del hombre; donde inalienables libertades son oprimidas por la violación y el engaño; donde se ejerce la discriminación, el esclavismo, la intolerancia, no puede haber paz auténtica. La paz, según San Agustín, es la tranquilidad en el orden, y yo añado en el orden interior y en el orden exterior. Y dice el Reverendo que esta definición que parece poco lo dice todo (68).

Es curioso, pues lo que Marvin Lewis considera un seguidismo de la iglesia respecto a la hipocresía del régimen, yo lo considero desde una perspectiva diametralmente opuesta.⁸ Quizá porque pertenezco al mundo hispano y personajes como el cardenal Tarancón u organizaciones como la Hermandades Obreras de Acción Católica forman parte de mi historia cultural, soy consciente del papel complejo que la iglesia católica juega en relación con los regímenes autoritarios, no como un todo monolítico partidario de cualquier dictadura, sino como una institución de múltiples sensibilidades cuya actuación, véase el caso de Tarancón en la transición española, también ha contribuido a acelerar determinados procesos democratizadores. Desde mi punto de vista, lo que Nkogo hace es poner en boca del reverendo lo que el narrador no se atreve o no puede decir. Es una forma de criticar aprovechando la voz de otros. Es significativo, por otra parte, que mientras la retahíla de títulos honoríficos con los que se presenta a Obiang Nguema aparecen todos en minúscula, la palabra reverendo lo hace en mayúsculas. En definitiva, a través de todos estos retazos, el lector es capaz de entrever la esencia de un régimen profundamente antidemocrático y sobre todo, una continuidad histórica –aunque menos sangrienta- entre lo terrible del primer período de la independencia y lo fraudulento y enajenante de la fase obiangnguemista. En ese contexto el trauma histórico del sujeto colectivo no se puede exorcizar, simplemente porque el trauma continúa, porque no hay espacio simbólico y político para poder extirparlo, porque la coacción, la censura y la autocensura siguen presentes.

La desnaturalización del poder contribuye, en última instancia, a la desnaturalización de todo el entramado social. La corrupción, ejercida con impunidad en las altas esferas socava la importancia de la *res publica*, degrada la función organizativa de la ley y

devalúa la relación entre el individuo y la comunidad. No deja de ser significativo que Nkogo haya elegido a una pareja de policías para escenificar esta pequeña picaresca, pues a través de ellos simboliza una cierta esquizofrenia entre la querencia individual de servir a la ley y la necesidad material de quebrantarla para satisfacer sus necesidades materiales básicas. Veamos el siguiente extracto:

En casa son tratables. Les echan piropos a sus mujeres y hasta, de vez en cuando, juegan con ellas. También actúan o intentan actuar siempre como buenos padres. No les gustan mucho los rodeos cuando están de servicio, sobre todo cuando no pretenden *hacer adjá*. No les gusta que nadie les falte el respeto, pues en su profesión se encuentran con individuos que, a pesar de no cumplir con la ley, pretenden imponer su criterio, quieren ver que tienen razón, y esto les pone muy nerviosos y hasta recalcitrantes a nuestros dos policías. Quizá por eso algunos ciudadanos, entre ellos varios conductores de automóviles, determinados empujadores de *pus-pus* y ciertos pendencieros de oficio, les han endilgado el sambenito de *malos* (47).

Este extracto pone de manifiesto que Nkogo no “condena” a sus policías, sino que los construye reconociéndoles un cierto sentido moral. Son en todo caso víctimas de un sistema social que se ha degradado en la jerarquía y cuyas consecuencias se trasladan a la base social. Antes decía que la picaresca en *Adjá-Adjá* no solo era una forma de reacción sino que era en sí misma un síntoma de la enfermedad social en Guinea Ecuatorial. La picaresca como tradición está asociada a una cierta querencia individualista. Esto encaja bien con la tradición occidental y no contraviene su propia lógica. No obstante, en *Adjá-Adjá* es sintomática, pues muestra cómo la corrupción empuja a los individuos a volverse contra la comunidad, elemento esencial de la tradición africana. Dice Lewis que

...el republicanismo de los sistemas tradicionales africanos estaba asociado con la domesticidad del poder. En el África tradicional, la dominación política estaba constituida como una sociedad cuya jerarquización era esencialmente no coercitiva, basada fundamentalmente en una distribución diferenciada del status que solamente de manera incidental se convertía en una relación política de carácter asimétrico. La jerarquía, no en el sentido de dominación y coerción sino en el del establecimiento de categorías, era una característica de las sociedades políticas africanas (cit.en Ake 181).⁹

El colapso de esta lógica organizativa, la degradación de la jerarquía y la desestabilización de la función social del individuo lanzan a éste a una lógica individualista que atenta contra su propia estructura psicológica:

De regreso a donde un socio de ellos ... van pensando rumbo a casa en las vicisitudes de la vida y sintiendo remordimientos por lo que han dicho y han hecho hoy al comerciante en el mercado y, sobre todo, al joven empujador del pus-pus, pero –creen ellos– tenían que hacerlo: por lo menos ya tienen mil francos cefas en el bolsillo; las mujeres y los niños picarán algo esta tarde (75).

A ello hay que añadir que no es una picaresca destinada a la movilidad social, sino a la pura supervivencia. La función del pícaro tradicional es dejar de serlo. Como dice Jenaro Talens: “El pícaro solo lo es en su intento de ascenso social extra-clase. No es una entidad sino una función. Existe para dejar de existir. Su única meta como pícaro es dejar de serlo” (31). Adjá y compañero simplemente se conforman con sobrevivir: “No pretenden más. No quieren construir rascacielos ni pretenden quitarle a nadie su puesto. Lo único que necesitan es comer al día, lo suficiente, con sus respectivas familias” (77). Por eso Adjá y compañero simplemente esperan que las cosas cambien, que las promesas democratizadoras se concreten, que quizá el petróleo cambie la vida del país. Son el reflejo de una sociedad políticamente paralizada.

Hay sin duda cierto fatalismo en estas dos historias de Nkogo, pues apenas parece que existan espacios para la resistencia. La picaresca, la pequeña delincuencia no son formas de oposición al autoritarismo patrimonialista del régimen. Son más bien espacios tolerados por la elite para que el pueblo acceda a los restos de la opulencia de otros. Surge así la búsqueda de las opciones para trascender esta situación. Una de ellas es la que precisamente describe el último de los textos de esta colección, *Emigración*. Es la historia de un joven llamado Miko y su familia, cuya mísera vida se ve de repente mejorada gracias a la aparición de Nacho, un joven cooperante que les presta ayuda para mejorar su situación económica. Sin embargo, la súbita marcha de Nacho, a quien su organización envía a otro destino, sume a todos en una profunda depresión. Es entonces cuando Miko, profundamente abatido por la ausencia de su amigo, decide emigrar a España para mejorar su situación económica y la de toda su familia; un proyecto que se

trunca fatalmente cuando Miko encuentra la muerte junto a otros compañeros en las aguas nocturnas del estrecho de Gibraltar. No voy a detenerme demasiado en el análisis de este texto, pues el trasfondo sociopolítico que muestra es básicamente el mismo que en *Adjá-Adjá*. Solamente el inicio de la historia refleja bastante bien lo que acabo de decir:

Quando desde arriba se crean situaciones que vapulean injustamente a los humildes ciudadanos, sin que estos hagan nada, las sociedades no pueden experimentar los cambios necesarios, no pueden progresar; más bien son susceptibles de volverse hostiles, y más hostiles todavía para aquellos que, resignados y encerrados en la jaula de su destino, comen o buscan comer por sus propias manos, como Miko y familia (79).

Sin embargo, hay varias cuestiones que creo necesario resaltar en esta historia. En primer lugar, la constatación de que existe un cambio generacional en Guinea Ecuatorial. Vamos a leer el siguiente diálogo, que tiene lugar cuando Miko comunica a su madre la idea de partir hacia España:

—Lo entiendo, hijo mío, lo entiendo, pero no consiento que te vayas a Europa. Es verdad que algunos de los que van mejoran su vida y la de sus familias, pero la mayoría no vuelve, se queda ahí para siempre, y este es el gran problema. Por eso no quiero que te vayas, hijo; no quiero perderte. Vamos a estar aquí aguantando, las cosas cambiarán algún día y entonces podremos vivir bien y en paz. En la vida hay que tener experiencia, hay que saber esperar.

—Sí, claro; saber esperar, tener paciencia... ¡Siempre! ¿Acaso no es hora ya de que nosotros también vivamos bien? Si los demás han ido a Europa, yo también me puedo ir y puedo traer mucho dinero, en vez de tener paciencia y esperar aquí sin hacer nada. El hombre no puede tener tanta paciencia como si fuera Dios, concluye recordando una de las sentencias de Nacho (88).

Este texto demuestra de alguna manera un fuerte contraste generacional entre una vieja generación de guineanos, todavía fuertemente vinculada a las consecuencias del colonialismo y al fracaso histórico de los primeros cuarenta años de independencia, y una generación, criada y condicionada por las tendencias transnacionales y globalizadoras de la modernidad actual. Frente a quienes se perpetúan dentro de su eterna parálisis, como es el caso de Adjá y compañero o la madre de Miko, este último encuentra referentes emancipatorios que van más allá de las fronteras guineanas. La repetición de la frase que

le ha enseñado Nacho, “el hombre no puede tener tanta paciencia como Dios,” es una muestra de este proceso. Ahora bien, Nkogo parece querer plantear esta búsqueda de referentes externos de una manera reflexiva, sin caer en espejismos y falsas ilusiones. Y lo hace de varias maneras.

En primer lugar rechazando la idea de que esta búsqueda tenga que desembocar necesariamente en el abandono del país. Y lo hace a través de nuestro narrador omnisciente, como también señala Marvin Lewis.¹⁰ Resulta especialmente significativo que nuestro narrador, siempre tan cauteloso en la formulación de la crítica, siempre tan hábil en el manejo de las aproximaciones y distancias, formule un juicio tan categórico: “La crisis que afecta a sus familias, y a todo el país, no puede solucionarse simplemente con traer limosna de Europa” (89). Para el narrador de Nkogo, abandonar el país no va a ayudar, en última instancia, a la transformación de Guinea Ecuatorial.

En segundo lugar, también está presente la cuestión relativa a la relación de dependencia de Miko y su familia con Nacho. Lewis¹¹ la analiza como una especie de proyección simbólica en la que se reactualiza la dependencia colonial sobre España, esta vez por culpa de los desastres producidos por el estado guineano. Hace buena por tanto la visión de Claude Ake de que “dicho de manera simple, el problema es que el típico estado poscolonial africano es, probablemente, un instrumento de opresión aún mayor que el de la potencia colonizadora que le precedió.”¹²

Aunque comparto plenamente esta visión de Lewis, me gustaría añadir que detrás de la relación entre Miko y Nacho hay también una cierta reflexión sobre los propios límites que tiene la cooperación internacional, que al mismo tiempo que ayuda también altera la normalidad, creando hábitos y expectativas susceptibles de desaparecer de repente. Cuando Nacho se va, la madre de Miko dice: “¿Y por qué Señor, tú que eres absolutamente generoso y misericordioso, nos quitas lo que de repente nos das?” (86). Del mismo modo que Fanon se pregunta en *Black Skins, White Masks* si es posible una relación de amor entre un hombre blanco y una mujer negra, cabe preguntarse si hay verdadera amistad en una relación que implica tal grado de dependencia. Por último, me gustaría mencionar que Nkogo también desestabiliza de alguna manera la imagen utópica de Europa. Sin negar en ningún momento las virtudes de la modernidad, nos recuerda

que esa Europa es también la Europa del capital y de las fronteras donde quienes llegan lo hacen antes por ser “fuerza de trabajo” que por cualquier otro motivo, donde

ya no dan visados a cualquier muerto de hambre; el que pide visado, no sólo ha de abonar al contado las tasas correspondientes, sino que asimismo tiene que justificar por qué se va a Europa, es decir, si tiene carta de llamada, quién le ha llamado, dónde va a vivir, si tiene medios de vida y seguro médico, si cuenta con la aceptación del centro donde vaya a estudiar o la autorización de la comunidad de vecinos donde vaya a residir, y un montón de documentos que estos jóvenes no reúnen ni pueden reunir; y por eso van clandestinamente (90).

Para concluir, debo decir que he intentado analizar estos textos desde una dimensión crítica que trate de ser fiel al propio texto y a la problemática histórica y política de la Guinea Ecuatorial contemporánea. En su libro *Diálogos con Guinea*, Mbaré Ngom pregunta a todos los escritores si creen en el arte por el arte o en el arte como forma de compromiso. Ninguno niega la necesidad de la belleza artística, pero prácticamente todos afirman la necesidad de que exista un arte africano comprometido con su realidad. Maximiliano Nkogo es uno de ellos. Con extremada inteligencia, con su fina ironía comienza a verbalizar las ansiedades y traumas colectivos del pueblo guineano. Su narrador, distante, esquivo, huidizo y comprometido al mismo tiempo dice un poquito más de lo que su tiempo histórico le permite. Eso no solo se ve en *Adjá-Adjá y otros relatos*, sino también en su última novela, *Nambula*, un texto que muchos guineanos se pasan de mano en mano y que cualquier estudiante guineano con el que uno hable de literatura no tarda más de un minuto en mencionar.

BIBLIOGRAFÍA

- Ake, Claude. *Democracy and Development in Africa*. Brookings Institution, 1996.
- Fanon, Frantz. *Black Skin, White Masks*. Paris: Editions du Seuil, 1952. New York: Grove Press, 1967.
- Kaplan, E. Ann. *Trauma Culture*. New Brunswick, New Jersey and London: Rutgers University Press, 2005.
- Lewis, Marvin. *An Introduction to the Literature of Guinea: Between colonialism and Dictatorship*. Columbia: University of Missouri Press, 2007.
- Ndongo-Bidyogo, Donato y Mbaré Ngom. *Literatura de Guinea Ecuatorial (Antología)*. Sial Ediciones/Casa de África, 2000.
- Ngom Mbaré. *Diálogos con Guinea*. Madrid: Labrys 54 Ediciones, 1996.
- . "African Literature in Spanish" en *The Cambridge History of African and Caribbean Literature* (vol 2). Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Nkogo, Maximiliano. *Adjá-Adjá y otros relatos*. Malabo: Ediciones del CCHG, 1994. (reed. Ávila: Editorial Malamba, 2000).
- Talens, Jenaro. *Novela picaresca y práctica de la transgresión*. Madrid: Ediciones Júcar, 1975.

¹ Este trabajo ha sido posible gracias a una beca FPU concedida por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Ref: AP-2004-1034.

² “A strength of this book is the manner in which it captures vividly the sights, sounds, and smells of Malabo – from Asamse to Pizza Place, the two cultural extremes in the heart of the city” (Lewis 67, mi traducción).

³ Cuando digo picaresca nacional me refiero al *modus vivendi* al que están o pueden estar obligados muchos sectores de la sociedad, por devaluación criminal de su profesionalidad. Por otro lado, si el instinto picaresco está presente en todas las mentes, aquí en *Adjá-Adjá* la picardía es una obligación, una imposición; y si se quiere un pecado leve, que se borra cada día con los momentos de remordimiento íntimo (Nkogo 2000, 5).

⁴ Nkogo retrata con habilidad y fidelidad la actual sociedad guineana, una sociedad en transición, y por eso se ha convertido en una Guinea de pícaros, en la que cada uno de sus trescientos mil habitantes mal censados se busca la vida como puede, puesto que no existe una manera regular, digamos que “digna,” de sobrevivir. Quizá por eso algunos han tratado de ver solo el lado picaresco en la aún corta producción narrativa de Maximiliano Nkogo, cuando, a mi manera de ver, el tema cuya reflexión nos propone a través de sus escritos es más trascendente: la singularidad de todo un pueblo, en el que la gente padece hambre (y no solo de justicia), aunque se oculte oficialmente; en el que los ciudadanos que tienen la inmensa suerte de trabajar se preguntan cada día de qué les sirve su trabajo; en el que se destruyen las familias por la búsqueda casi inútil del pan nuestro de no todos los días (Nkogo 2000, 9).

⁵ “The backbone of Francisco Macías’s regime was the Fang-Esangui group in the region of Mongomo, his natal village; an ethnico-paramilitary militia better known under the name of ‘Youth on the Move with Macías’; and the National Guard, whose members were primarily Fang. Nguémism worked to stifle and repress by violent means any rebellious impulses, and engaged in a systematic strategy of persecution, marginalization, and exclusion of any members of society who were not Fang-Esangui. Nepotism, a controlled press, political assassinations disguised as accidents, tribalism, and encouragement to inform all became a form of government. Nguemism thus established a cult of personality that was wildly and skilfully orchestrated by Francisco Macías himself” (Ngom 2004, 590).

⁶ “Trauma is often seen as inherently linked to modernity. Kevin Newmark, for instance, drawing upon Walter Benjamin’s groundbreaking work stresses the break in consciousness that modernity represents, as *it occurred historically to interrupt once and for all the unified structure of what we continue to call traditional experience [238]*. Modernity, deeply intertwined with imperialism, consumerism, and Fascism, as Paul Gilroy has so lucidly shown in *Against Race*, is seen to produce basic twentieth-century experiences, such as the catastrophic event and global cross-cultural conflict” (Kaplan 24, mi traducción).

⁷ “In a memoir, then, ‘truth’ in regard to events is not, *per se*, at issue. The main thing about a memoir is the emotions that are remembered and the ways in which the writer expresses them. Also important are the ways in which national/social codes and discourses shape both the impact of trauma on the individual and how it is remembered” (Kaplan 43, mi traducción).

⁸ “The president does not actively participate in the proceedings during the ceremony in the church; his propagandistic message regarding peace is delivered by the reverend” (Lewis 72).

⁹ “The republicanism of African traditional systems was associated with the domestication of power. In traditional Africa, political domination was tendentially constituted as an essentially noncoercive hierarchization of political society, based primarily on a differential distribution of status which became only incidentally an asymmetrical relationship of political power. Hierarchy, not in the sense of domination and coercion but in the sense of ranking ..., was a pervasive feature of indigenous African political societies” (cit. en Ake 181, mi traducción).

¹⁰ “The third-person omniscient narrator, however, cautious against this attitude and warns that the crisis Guineans are suffering cannot be solved by bringing handouts from Europe” (70).

¹¹ “This current level of dependency experienced by individuals parallels that created in the past by Spanish colonialism. Dictatorship has only exacerbated the situation. Without the opportunity or the resources to become self-sufficient, the people are left with few viable options” (70).

¹² “Put simply, the problem is that the typical post-colonial state in Africa is perhaps even more than its colonial predecessor literally an instrument of oppression” (160, mi traducción).